

Capítulo I. (Fragmento para el Rincón del Autor - www.sedice.com)

El caballo se encabritó y luchó por tirar al jinete, pero la mano que sujetaba las riendas parecía de acero. Tiró de ellas con tal fuerza que casi arrancó la quijada al rebelde animal de poderosos cascos. La otra mano del hombre golpeó a su montura en el cuello a la vez que profería una maldición.

—¡Por todos los Eternos! ¡Te partiré la nuca si no te calmas y continúas avanzando!

Volvió a relinchar y a alzarse sobre las patas traseras, pero finalmente comprendió que no vencería al jinete, el bocado casi le rompía la quijada. Su larga y abundante crin se agitó cuando el animal resopló y movió violentamente la cabeza; de su boca cayeron grandes espumarajos tintados en sangre. Era la primera vez que se rebelaba contra quien le montaba. Tanto corcel como jinete habían cruzado casi todo el mundo conocido, desde Kankas hasta la sombría y misteriosa Chandigharán, donde ningún ser viviente conocido osaba entrar. Y si lo hacía, jamás regresaba.

Pero allí, en la hondonada del desaparecido reino, en la anfractuosa y desolada tierra, yerma y calcinada, donde un día lucharon Nébulos e Infernos, el caballo enloqueció. La pegajosa oscuridad, el aire pesado y pestilente, los cercanos ruidos sordos y los cientos de aviesos ojos inyectados en sangre que les acechaban desde las sombras trastornaban el cerebro de cualquier ser vivo acostumbrado, como el caballo, a tascar bajo los agradables y calientes rayos de sol.

¡El sol! ¡El día! También para el hombre eran conceptos extraviados en perdidos rincones de su cerebro. Aquella mordiente negrura que azotaba la piel con su siniestro

manto había hecho desaparecer de su recuerdo la luz del día, empujándole a la desesperación; era la eterna noche el baluarte más poderoso de la maldición esputada por el hijo de Satánicus. Pero el jinete no cejaría, su voluntad era más fuerte que el acero de su espada, ahora mellada, y su brazo aún no conocía la derrota.

Era Eleazar nebulida, príncipe de Celestos, hijo de Nébulos universida, seguramente el guerrero Imperial más fuerte de su tiempo, arrebuado bajo el pesado pellejo de pieles cebreadas ganadas a los ladrones de Kankas. Escondía los pies dentro de voluminosas botas de piel de oso que le ascendían hasta las rodillas y sobre la cabeza un casco con cuernos incrustados a ambos lados, recuerdo de su paso por Cerberdum, aldea sureña de Cebreos.

Sus avezados ojos escudriñaban la negra tiniebla, pero nada rompía la insufrible y tediosa monotonía del valle. Hacía un frío de muerte, aunque los caballos relinchaban quemándose los cascos en el fétido vapor emanado del poroso suelo.

Miró en torno, allí seguían los misteriosos perseguidores de ojos sangrientos y piel fosforescente. No podía precisar cuánto tiempo llevaban cabalgando por Chandigharán. ¿Tres días humanos? ¿Una semana? Por las veces que se detuvieron a ingerir la frugal comida, juraría que no más de siete. ¡Siete días bajo el terrible sudario! Y sólo desde los dos últimos eran perseguidos por siluetas indefinidas que se amparaban en las tinieblas.

Ahora casi les mordían los talones, sus voces eran semejantes a un trémulo croar brotado de inmundas gargantas más bien hechas para pronunciar palabras. Si Eleazar pudiese ver a los brillantes engendros, repararía en su constitución semejante a sapos, ya que avanzaban como ellos, a cortos y pesados saltos. Pero eran tan grandes como perros. Sus cabezas recordaban la de una mujer con el rostro mutilado por grietas y arrugas horriblemente profundas; al final de sus viscosos cuerpos fosforescentes,

brotaba un diminuto rabo, cubierto de protuberancias y escamas. Cuando croaban dejaban ver sus colmillos succionadores de sangre, pero tal detalle les era imposible ver en el oscuro mundo de Chandigharán. Odenhas, padre de Eostes, las llamó Nygaards.

Porque, cabalgando tras el hijo de Nébulos, iba el no menos noble Eostes odenhida. Fiel siempre a su amigo y señor desde el día de su nacimiento, como fue escrito por Universos en los Libros del Tiempo. Desde Baldor, nadie como él con una espada en la mano, posiblemente superado por Eleazar, pero eso jamás lo sabrían los Eternos, pues la amistad de uno para el otro estaba asentada en la voluntad inclemente de Nébulos. También él se arrebujaba bajo pesadas pieles, su aliento exhalaba vapor, el frío le mordía el rostro, pero tampoco nada le amedrentaría. En su mano tremulaba su indomable espada.

Las furias monstruosas, nacidas de las pesadillas de Infernos, ya no temían a los jinetes; el hambre de carne fresca y la sed de sangre caliente las empujaba a abalanzarse sobre ellos; y los Eternos sentían a sus caballos casi exhaustos tras varios días sin apenas comer. Eleazar notó la vibración del fétido ambiente, sacó la lanza de su funda y dio una voz a su compañero; finalmente fueron rodeados por decenas de ojos como ascuas encendidas.

Una de las aberraciones saltó sobre el caballo de Eostes, encontrando la lanza del nebulida, que la ensartó de lado a lado. Aquél se ladeó a tiempo para evitar el peso del engendro, que al caer sobre el noble animal le partió la columna.

—¡Por el Cetro del Poder! ¡Sube a mi caballo!

Con movimientos propios de una pantera, Eostes montó a la grupa del caballo de su amigo, obligándole a un último esfuerzo, mientras los monstruos devoraban a su igual y al equino herido. Los arcos del corcel alegraron el atroz momento con su campanilleo. Pero no pudieron ir muy lejos. El alazán escogido por Eleazar en el

mercado de Hicsa, en Kankas, tierra de inmejorables caballos, cayó agotado una legua más adelante.

—¿Y ahora, qué? —rugió Eostes.

—No lo sacrificaré. Aún nos es imprescindible.

—¡Oblígale a incorporarse!

No fue tarea fácil, pero consiguieron que se incorporara, entre resoplidos y relinchos semejantes a un destartado fuelle. Para entonces, nuevamente estaban rodeados, aunque creyeron adivinar que por menor número de enemigos. Posiblemente algunos engendros quedaron más atrás.

—¡Vamos, venid! ¡Probaréis el dulce filo de mi espada! —retó Eostes.

Protegidas por unas sombras que no parecían de este mundo, ellos no vieron cómo se retorcían, golpeando el suelo con sus curvas patas traseras. Las Nygaards croaron, ronquidos capaces de enloquecer a quien no se hubiese curtido en legendarias batallas, capaces de helar la sangre en las venas a un mortal. Entonces, con una fuerza irracional, desencadenaron el ataque.

En su trono de la Ciudad de las Siete Puertas y Cincuenta Torres, Nébulos contemplaría la feroz batalla. Espalda con espalda, las espadas de ambos celestiales eran apéndices de su cerebro, moviéndose como cobras, sus puntas eran más rápidas que la mordedura de una serpiente y los repugnantes engendros escucharon la fatal canción de muerte de dos espadas sin rival.

La lucha finalizó tan violentamente como comenzó. Más de treinta Nygaards regaban con su pestilente sangre el maldecido suelo de Chandigharán. El caballo había desaparecido, y con él, las pocas provisiones que aún conservaban, así como el agua y pieles para dormir.

Pero allí, en aquel lúgubre mundo, no dormirían con los dos ojos cerrados.

—¿Hacia dónde?

—Hacia allá... Sin orientación posible, cualquier camino es bueno. Nuestros titubeantes pasos quedan en manos de mi padre.

Abrigándose bajo los pellejos de pieles, envainaron las espadas y se obligaron a caminar sin rumbo. Nada en los lóbregos alrededores delataba la presencia de peligro, las Nygaards habían desaparecido. No hubieron recorrido una legua cuando cambiaron de dirección por capricho del destino. El terreno varió. Ascendían, leve, pero constantemente.

—Estamos subiendo una pendiente...

—¿El Necturei? —interrogó Eostes.

Eleazar miró en torno, escudriñando la oscura barrera, buscando indicios de orientación. Pero allí sus experimentados ojos estaban casi ciegos.

—Si es el Necturei, hemos estado caminando dentro de su antiguo cauce. Por alguna razón estamos saliendo de él, sin pretenderlo. Pero es imposible ver nada, esta oscuridad es más negra que la piel de Zunkós el afriano.

Entonces, a cierta distancia, inopinadamente, como surgida de las profundidades del Orco, como si la tiniebla abismal se hubiese levantado, descubrieron una nueva sombra.

—Parece... —los ojos de Eostes se negaban a ver.

—Una fortaleza en ruinas.

Sí, frente a ellos se levantaba la sombría silueta de una torre. Distinguían su contorno, un poco brillante, recortado sobre la tenebrosidad que la envolvía.